



LUIS A. GRAU LOBO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Se abre el telón

Aparte de alojar a la tópica rana, la fachada de las Escuelas Mayores es una suerte de retablo en piedra, un símbolo y un tratado

Cuando un árbol no deja ver el bosque es que no sabemos mirar o estamos demasiado dentro del bosque. Eso mismo sucede con determinados monumentos, que de tan conocidos a menudo son reducidos a una sucesión de estereotipos, de lugares comunes repetidos una y otra vez, primero por el tópico popular, después por el machacado lema turístico. Y no hay nada más preponderante que un tópico. El tópico nos tranquiliza, porque creemos acceder a una cierta esencia aunque en realidad apenas sepamos nada más allá de esa cáscara. Y nos libra del vértigo de situarnos frente al abismo de conocimiento que encierra cada uno de ellos. El tópico nos salvaguarda, con su cargamento de presunción, contra el pánico implícito en la contemplación de un abrumador océano de mensajes que apenas llegamos a descifrar. Es como cuando creemos haber entendido algo en un idioma extranjero al descifrar una sola palabra de un océano de sonidos.

Este recurso metonímico de la parte por el todo funciona a grandes niveles (en Burgos, su catedral, en el Louvre, la Mona Lisa...) o en pequeños detalles (los leones de la Alhambra, la mosca de la Virgen de la Mosca...) pero casi siempre hay una rana en todas las fachadas. Y, claro, la rana de la fachada de la Universidad de Salamanca es el paradigma, buscado aún con afanes dignos de mejor causa por una legión de estudiantes supersticiosos y de viajeros ociosos o despistados.

Pero aparte de ella, esta Fachada Rica es todo un símbolo y un tratado. Símbolo de un nuevo tiempo que se despliega ante nosotros como un retablo, una declaración de intenciones en un momento especialmente significativo de la historia de este país. Tratado de tan varia y compleja condición, que ni siquiera hoy día los estudiosos se ponen de acuerdo en su interpretación precisa y en su lectura genérica.

En el tiempo de su ejecución, entre 1529 y 1533, la introducción en España del nuevo estilo italiano, el Renacimiento, se venía realizando más que por conocimiento de las vanguardistas creaciones transalpinas, por medio de pequeños objetos muebles y repertorios impresos. Éstos frecuentemente reproducían sistemas decorativos novedosos, tomados de la antigüedad clásica y de una enfebrecida imaginación humanista. Mientras que los pequeños objetos suntuosos y transportables, a menudo joyería muy ornamentada, los reflejaban con prolija maestría. De tales fuentes nacería una primera versión de este estilo renaciente en Castilla, que un siglo y medio más tarde sería denominado plateresco por el aspecto orfebre que tienen sus realizaciones. Un carácter, por otra parte, que primaba el trabajo decorativo, en superficie, más que

la renovación de estructuras o espacios, en despliegues de ornato con cierto *horror vacui* que continuaban una tradición muy arraigada en el arte hispano, muy mudéjar, diríamos. Pese a sus limitaciones, esta forma del estilo alum-

bró algunas de las creaciones más reconocibles de esta encrucijada histórica, tan fundamental en tantos aspectos como en el artístico. Y uno de sus escenarios privilegiados fueron las llamadas fachadas telón, una suerte de frontal

retablo en piedra que se abría en el frente de un edificio revistiéndolo de relieves en piedra, sin apenas trabazón arquitectónica con el resto de la construcción. Quizás uno de los ejemplos más notorios sea la fachada del Cole-

gio de San Gregorio de Valladolid, hoy sede del Museo Nacional de Escultura. Y, obviamente, esta salmantina.

La Universidad de Salamanca, fundada en la Edad Media y renovada en esos momentos, tiene en este frente su principal embajador. Abigarrado de *candelieri*, grutescos, medallones y toda la parafernalia estética del primer Renacimiento que va incrementando su volumen relivario a medida que ascendemos para corregir nuestra óptica, el conjunto se extiende sobre la entrada de arcos gemelos como un vasto cortinaje que sirve, sin embargo, a un mensaje sofisticado más allá de su aparente esteticismo. Lebrija, Marineo Sículo o algún otro de los humanistas que ofrecían clases en sus facultades debió inspirar este relato de exaltación genealógica en que la Universidad vincula su renovación a la imagen de la monarquía, que presenta arraigada en los Reyes Católicos (en el medallón del primer nivel), como origen y justificación de la estirpe del flamenco Carlos, extranjero recién entronizado, no sin resistencia (guerra de las Comunidades). El emperador está representado en otro medallón frente a su esposa Isabel de Portugal, ambos como encarnación en la tierra del



> PARA SABER MÁS / Flórez, C.: *La fachada de la Universidad de Salamanca*, Salamanca, 2001.

> PARA VISITARLO / Monumento al aire libre. El programa Ascensvm, puesto en marcha por la Fundación del Patrimonio para observar de cerca la fachada, se anuncia concluido desde octubre, pero la web www.subealafachada.com ofrece interesante información.

poder y la sabiduría de los héroes y dioses clásicos. Hércules, Venus y otros personajes mitológicos grecorromanos figuran junto a las armas universitarias y regias. Son los antepasados ilustres y las alegorías y prefiguraciones míticas de los monarcas españoles, pero también representan las virtudes -vencedoras del vicio- que los mortales sólo pueden obtener mediante el estudio y la dedicación intelectual que esta institución manifiesta representar con todos estos parabienes, mundanales y olímpicos.

Ante el fabuloso despliegue y la complejidad de sus símbolos y significados que aquí extractamos forzosamente, la famosa y no por ello menos significativa rana sobre una calavera que buscan los turistas y estudiantes, disimulada en el laberinto del decorado, queda, claro, en mera anécdota. Como el también famoso astronauta que un restaurador humorista dejó caer en una portada de la cericana Catedral nueva... Meros tópicos que, al menos, nos hacen mirar perdidamente.